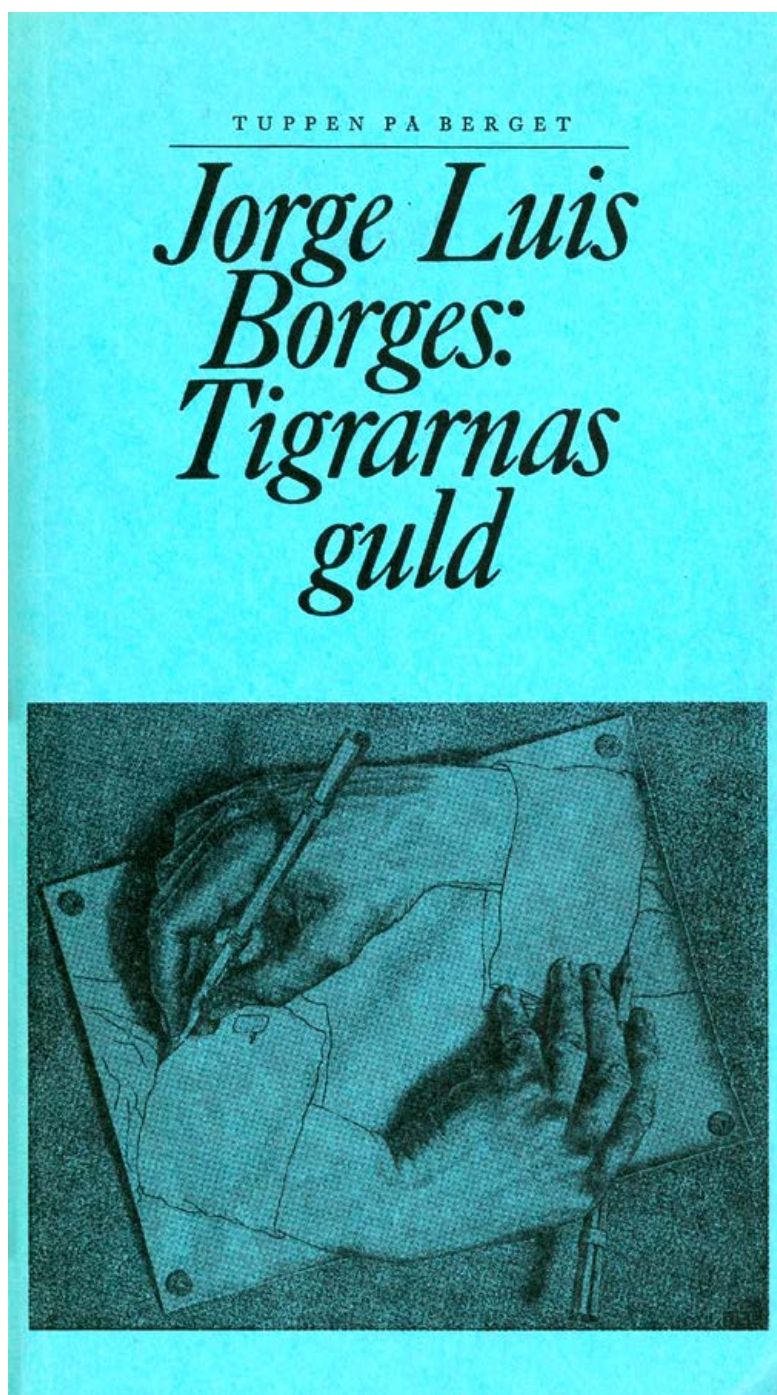


# El sueco que no le dio el Nobel a Borges



Cubierta de la antología *El oro de los tigres* que hizo Artur con Marina Torres

Cuando mi buen amigo Peter Landelius, diplomático, escritor y más que notable traductor de literaturas hispánicas, fue nombrado embajador en Argentina, sabía que una de las primeras cuestiones con las que tendría que bregar iba a ser el *no-Nobel* a Borges. Qué les puedo contestar, me preguntó.

Empecé diciéndole una perogrullada: “Seamos sensatos. Ni Borges es solo el argentino al que no le dieron el Nobel, ni Lundkvist es solo el académico que le negó a Borges el Nobel—de ser esto verdad. Son mucho más. Uno y otro”.

Nadie se molesta en decir —si es que lo saben— que Lundkvist presentó al escritor argentino al público sueco a finales de los cuarenta —cuando apenas lo habían descubierto en París—, recogió en sus memorias los encuentros que tuvo con Borges, tradujo conmigo, ya en 1962, una selección de sus poemas, lo incluyó un año después en una antología de prosistas latinoamericanos, recomendó la publicación de sus cuentos en la colección que dirigía literariamente y tradujo con Marina una espléndida antología de su poesía. Y siguió escribiendo artículos sobre su obra.

No tiene suerte, Lundkvist, en los países de habla española. Lo único que se oye es el silencio y los ataques por el *no-Nobel* a Borges. Otros le reprochan su veto a Graham Greene. En su biografía, caso de que eso fuera verdad, sería anecdótico.

Cuando se le preguntaba directamente por el veto a Borges, decía riéndose: “Nadie tiene tanto poder. Yo no lo he vetado, simplemente no lo he propuesto. Las decisiones en la Academia se toman por mayoría. Somos 18 y yo tengo un voto.” Un voto, no un veto.

Sabía que tenía influencia, pero no poder de decisión. (Si no pudo impedir, aunque, cosa insólita, manifestó su desacuerdo en público, el Nobel a Golding — se lo dio la mayoría de la Academia —¿por qué iba a poder hacerlo con Borges?)

Lundkvist era una persona de una honradez, también literaria, extraordinaria y, así, cuando en los años en que se promovía la candidatura al Nobel de Salvador Espriu, poeta que a Lundkvist no le interesaba demasiado, recibió a José María Castellet en su casa, y al oír el entusiasmo de este, le dijo que hiciese un informe del poeta catalán para la Academia con el fin de proponer su candidatura al Nobel. Nunca llegó el informe.

Tras el rechazo que le produjo la novela de Cela, *Cristo versus Arizona*, y para no influir negativamente en el posible Nobel, se la mandó a otro académico que leía español, Knut Ahnlund, Don Canuto, quien le contestó con una carta demoledora en la que razonaba la impropiedad de considerar a Cela como candidato al Nobel.

Todos los premios Nobel de lengua española tienen una deuda de gratitud, mayor o menor, con Artur por su infatigable y brillante trabajo de poner nuestra literatura en manos de los suecos por medio de reseñas, ensayos, traducciones, etc.

Hay quienes explican la negativa del Nobel a Borges por la pretendida inquina que Lundkvist le profesaba, originada por dos o tres incidentes.

Kodama cuenta que cuando Victoria Ocampo lo llevó hasta Buenos Aires, le organizó una cena en San Isidro y puso a Borges al lado del sueco, que “con su tradicional apetito de gloria leyó a Borges uno de sus poemas y Borges le dijo que le parecía digno del inventor de la dinamita”.

Probablemente se organizaría esa cena durante el viaje que hizo Lundkvist en 1946, por su cuenta. No casa con la imagen que tengo de Lundkvist, que nunca leía sus poemas a nadie. En sus memorias cuenta que solo enseñaba sus poemas a los editores. “Uno conoce sus debilidades mejor que nadie.” ¿Iba Lundkvist con un libro de poemas en un viaje de meses? ¿En qué idioma lo leyó?

Según otra versión, esta de Esther Vázquez, fue en una cena en Estocolmo, en 1964, en la que alguien leyó un poema de Lundkvist y Bor-

ges lo ridiculizó; una tercera afirma que en ese viaje Lundkvist le enseñó poemas a Borges y que este los criticó. ¿Lundkvist enseñando poemas? ¿A un ciego? ¿En qué idioma?

Otros descalifican a Lundkvist con estas ingeniosas palabras, “el sueco que creía que sabía español, premio Lenin para más señas, y que se dejaba llevar en literatura, como tantos, por su superstición ideológica... un señorito rural de izquierdas”. Y añadían “de la izquierda del caviar”.

Jamás le puso la proa a Octavio Paz, cuyas ideas políticas no coincidían con las suyas. Ni a Eliot, un católico y monárquico, al que presentó generosamente. En las discusiones sobre Ritsos y Elytis en la Academia manifestó: “El que Ritsos sea un resistente comunista y que por ello haya sufrido durante la dictadura, está fuera de lugar en el juicio que nos merece su poesía”.

Y Paz comentó: “Lo que mueve a Artur es su *pathos* igualitario y sus ansias de justicia”.

Pero, al grano. A mediados de 1974, Lundkvist empieza a preparar con Marina una extensa antología de la poesía de Borges (que se publicaría en 1975 con el título de *Tigrarnas guld*) para completar la presentación que hizo a principios de los 60 y, casi al mismo tiempo, otra de Vicente Aleixandre. Sabiendo muy bien lo que significaba para el Nobel el hecho de que los autores estuvieran traducidos al sueco. Y por él.

En 1976, Borges manifiesta su apoyo a Videla. Parece que, como Goethe, prefiere la injusticia al desorden.

A mediados de septiembre de ese año, con ocasión de su doctorado honoris causa, Borges pronuncia un discurso en la Universidad de Chile en el que dice: “Lugones predicó la patria fuerte cuando habló de la hora de la espada. Yo declaro preferir la espada, la clara espada, a la furtiva dinamita. Y lo digo sabiendo muy claramente, muy precisamente, lo que digo. Y aquí tenemos: Chile, esa región, esa patria, que es a la vez una larga patria y honrosa espada”.

Tres años después del golpe de Estado.

Luego almuerzo con Pinochet. Tras el almuerzo, Borges declara: "Él es una excelente persona, por su cordialidad, su bondad... Estoy muy satisfecho".

Eso ocurría un día después del asesinato de Letelier en Washington a manos de la policía del bondadoso anciano y justo tres años después de la muerte de Neruda, acelerada, al menos, por los desmanes de la dictadura de Pinochet.

Pocos días después, el último jueves de ese septiembre, camino de la reunión de la Academia que iba a discutir el Nobel, Lundkvist pasó por casa y ya en el vestíbulo me preguntó: "¿Es cierto que Borges ha aceptado medallas de Videla y Pinochet y ha hecho comentarios favorables?" "Es lo que dice la prensa española. Será una *boutade* típica del genio humorístico de Borges. No hay que tomárselo muy en serio, dice tantas cosas..." traté de atemperar un poco. "Pues yo sí me lo tomo en serio". Parecía muy contrariado.

Nunca me había planteado el porqué de tanta contrariedad. ¿Por qué le sentó tan mal el encuentro de Borges con Pinochet y sus declaraciones en vísperas de la elección de Nobel? Hoy me lo pregunto. Acababa de publicar una antología de su poesía — en 1977 publicó la de Aleixandre— y sabía la influencia que tenían las traducciones de poesía en la Academia... ¿No estaría trabajando por el Nobel a Borges y el encuentro de este con el general golpista trastocaba sus planes? Claro que también podía haberlo hecho, sencillamente, porque le gustaba su poesía y pensaba que lo que había traducido no bastaba para hacerle justicia.

Supongo que en aquella sesión académica a la que Artur se dirigía no se comentaría el sentido del humor del gran argentino. (En 1967 se había propuesto que Borges compartiese el premio con Asturias, pero no se logró vencer las reticencias de los

adversarios del reparto). En caso de que en 1976 se hubiese votado la candidatura de Borges en la Academia sueca, serían los académicos, por mayoría, los que se lo habrían negado, en un año y en una fecha que hubiese sido un desastre político dársele. ¡Qué regodeo el de los periodistas ante las fotos de Borges con Videla y Pinochet y con el rey sueco!

Supongo también que Borges les agradecería a los furtivos dinamiteros suecos aquel gesto que lo dejaba permanecer tranquilo junto a la luminosa espada.

Sobre Borges escribió Lundkvist en sus memorias esto: "En la proyección de la película de Alf Sjöberg "Himlaspelet" me encontré con Jorge Luis Borges, uno de los escritores recomendados por Gabriela Mistral. En aquella época, su prestigio estaba por los suelos, se hablaba de él como un borracho y un poeta fracasado.

Nos vimos un par de veces. A Borges le encantaba hablar y lo hacía en un excelente inglés, tenía un vivo interés por los idiomas antiguos nórdicos y por la primitiva mitología nórdica, citaba kennings islandeses y, al mismo tiempo, era un ardiente admirador de Faulkner. Me llevó por los viejos barrios de la ciudad, donde aún permanecía el ambiente de la milonga, del tango de las orquestas de bandoneón y de los duelos a cuchillo. También fuimos a una finca típica de la pampa, transformada en restaurante, sombría y bastante fantasmal, como una vieja mansión en el Sur faulkneriano. (Cuando nos volvimos a encontrar dieciocho años después en Estocolmo, mundialmente conocido ya y ciego, no solamente se acordaba de mí sino que continuó la conversación que habíamos dejado inacabada en 1946 en Buenos Aires).

En 1975, en el prólogo de la antología *Tigrarnas guld*, escribe: "En política, Borges se declara abiertamente conservador y las duras experiencias sufridas bajo la dictadura de Perón y su falso radicalismo, le hicieron afianzarse en esta posición. Pero no por eso hay que considerarlo como

un reaccionario normal y corriente: su amplitud de miras humanista es notable".

En 1978, en una reseña de *El libro de arena*, en la que se queja de lo tarde que le ha llegado el libro, y a raíz de una entrevista con Borges publicada en *Le Monde*, escribe: "Pero es en el aspecto político-moral en el que ha sido más discutido en los últimos tiempos. Fue antifascista durante la guerra y luego activo opositor a la dictadura de Perón. Después, parece que se apoderó de él el miedo a las transformaciones revolucionarias y, recientemente, ha alabado a los regímenes de terror que reinan en Chile y en su propio país, incluso los ha señalado como salvadores de la cultura. Posiblemente sus declaraciones han sido distorsionadas y malinterpretadas. Pero también pueden depender del aislamiento de un hombre anciano y ciego y de su falta de conocimiento de la realidad actual, lo cual, sin embargo, no abuelve a sus declaraciones del hecho de ser indefendibles y deprimentes. Afortunadamente, esas afirmaciones no se repiten en la reciente entrevista en *Le Monde*".

Y Lundkvist termina así el artículo: "Preguntado por su conservadurismo, responde Borges que, ante la situación actual de Argentina, esa es su forma de expresar su escepticismo político. Y se extiende elocuente sobre el mundo utópico en el que le gustaría vivir, sin fronteras nacionales, sin banderas, uniformes, cuarteles ni iglesias, sin pasaporte ni documento nacional de identidad, un mundo sin desconfianzas, un mundo que fuese como una casa abierta. Pero, añade, "temo que estoy camino de imaginarme una de mis propias narraciones sin contacto con la realidad." Así habla el Borges que uno preferiría conservar en la memoria cuando vuelve a leer sus reflexivos poemas y sus fantásticas historias".

Estas son, pues, las palabras de la persona cuya inquina le privó del Nobel al argentino.